

feliz de vetas legendarias, de imponderables filones que no se "brocean" jamás!

Antonio Acevedo es el romántico fuerte, optimista y sano, cuya gracia y movilidad desembocan siempre en valores comedidos y de equilibrio, tocan fondo en puerto virtuoso. Tiene la sabiduría exacta del límite en que la malicia no se contamina por el vicio, conoce el sendero varón que sesga el punto en que el sexo se transforma en molicie y acopia tacto privilegiado en el dibujo de temas y circunstancias que se hacen ejemplarizadores.

Lectura altamente recomendable para nuestras juventudes, aprovechará en definitiva a toda clase de públicos. Es un documento de idiosincrasia popular ennoblecido por las manos periciales de un artista.

<https://doi.org/10.29393/At325-13NEMO10013>

"LA NOCHE DE ENFRENTÉ", de *Hernán del Solar*, Colección Araucaria, Nascimento, 1952

Once cuentos de exquisito corte. Elegimos *Rhododendro*, *Genealogía*, *Coleóptero*, *Orfeo*, *Bicéfalo*. Casi la mitad, y advertimos que son todos valiosos. Estilísticamente, ninguno empaña la magistral calidad estilística del autor.

Cada uno de estos relatos entraña problemas y encarna valoraciones de jerarquía. Pertenece Hernán del Solar a esa clase de escritores que castigan la cultura y el procedimiento hasta obtener aristocracia horaciana. En esta lámpara de raro fulgor expresivo no hay colgajos ni caireles, sino suavidad derramada, como el *oleum effusum* del cantar salomónico.

Literatura que partea a la esfinge, la narración habita en la problematicidad y se continúa en el eco de las preguntas que el lector sagaz tiene que ir planteándose. Eso sí. Nos hallamos con arte para artistas; aquí "no entre el que no es geómetra". Se requieren credenciales de iniciado al estilo de las que se exigen en la

lectura de *El Proceso*, a cuya familia pertenece esta profunda y vasta *Noche de enfrente*.

Los asuntos afectan extrema, humilde simplicidad y se desarrollan en tiempo lento, con lenguaje eufónicamente cadencioso. A veces el solaz, el claro regodeo con las cosas pequeñas y hasta a menudo mínimas. Solar trama con hilo fino y firme; sabe mantenerlo tenso por la pasión y poesía sutiles del detalle, por la sabia agencia del matiz y del epíteto, por la preñez siempre inteligente de la sensibilidad. Aunque en *Naturaleza Muerta* recuerde con el andamiaje a Pirandello y a Wilde en la paradoja de que la naturaleza imita al arte o en *Coleóptero* resuciten singularmente los manes de Kafka, el nuestro es escritor de perfil acusado y nunca deja de decir algo de trascendencia privativa y en exclusivo lenguaje.

Tal cual incursión en metapsicología y el arte dislocado y digresivo con que se intenta proyectarla, no alcanzan a perjudicar a esta obra, rica en sugerencias. En *Rododendro* es la poesía de una palabra que tiene la voluptuosidad móvil de un pez. Acompaña a su fautor, que infatigablemente fabrica barcos con que surca el tedio de su vida célibe en una modesta casa de pensión. Allí le hace consciente de su miseria el beso de una jovencita. Como *En Provincia* de d'Halmar, lo mínimo se agranda, y la tragedia alienta en lo inmediato y sencillo, en el seno mismo de la domesticidad, donde no parecía posible. Lejos de la literatura.

*Genealogía* es una sátira, ni festiva ni grave, remota del carácter chocarrero y de la moralina en que suele oscilar entre los romanos y quienes los han sucedido. Hace el elogio de la tradición sobre la herencia y nos evoca el pensamiento en que don Quijote amonesta al Gobernador de la Insula Barataria: "La sangre se hereda y la virtud se aquista, y la virtud vale por sí sola lo que la sangre no vale".

*Coleóptero* decide la entomorfización o vuelta en insecto de un sabio. "Oliverio Atkinson. Coleóptero común, desaparecido de repente". ¿Quién no aprecia los excesos antivitales y antiartísticos de

la llamada por Bergson “rigidez profesional?” ¡Cómo la actitud prevalente transforma a una persona en cosa o a lo más en insecto!... Atkinson es una categoría.

*Orfeo* es la hiperestesia de la debilidad que se transforma en afán de vivir, en actitud y vocación perentoria de supervivencia. Al estilo de *El Inmoralista* de Gide que busca en la aridez monótona del desierto africano una lección de energía, el tuberculoso de *Orfeo* se aferra a la insistencia melódica de la flauta, al hábito de una melodía simple. ¿Qué otra cosa es esencialmente la vida? Lo diminuto dinámico, la soledad apretada dan a este relato sesgo y perfume decadente o manierista. Solar está en la fila de escritores directos como Federico Gana, d’Halmar, Barrios y Alone.

*Bicéfalo* va casi para novela. Hay grandes novelas cortas más breves que este gran cuento largo. Sesenta páginas. Es el problema de un conflicto entre dos temperamentos que se disputan a un mismo asiento corporal. En uno predominan los apetitos, en el otro las ideas —si hablamos en idioma platónico—. Y si en el de Jung, el primero es extravertido e introvertido el segundo. Se hallan representados por dos cabezas. Cuando por equivocación momifican la cabeza que se gobierna por los instintos, éstos siguen predominando. Tesis nietzscheana por su furor y desconcertante para mojigatos y literatoides...

Hernán del Solar es escritor de linaje.

“LOS ANTOJOS DE DEIDAMIA”, de *Hernán Jaramillo*. Nascimento, 1952

En los números 315-316 criticamos al autor de *La Buenamoza y el Toro*. Mantenemos hoy nuestros puntos de vista.

Jaramillo es prosista de indiscutible significación, aunque fulguran en su obra notorios defectos asuntuales, gramaticales y estilísticos.

En prólogo que estimamos inadecuado, se da cuenta de la fina-